

LITERARIA

8 José
María
Alvarado:
Cómo
conocí a
Ezra
Pound

EZRA
POUND

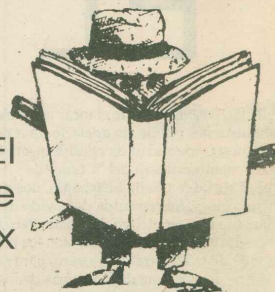


4

Poemas de
Ernest
Hemingway

11

Derrida: El
retorno de
Marx



HACE POCO más de un cuarto de siglo que publicamos una crónica con este mismo título en un matutino local que reproducimos a la fecha, gracias a la acuciosidad e información universal de un periodista de

"PRESENCIA LITERARIA", para su difusión para regocijo de quienes supieron y conocieron algo del famoso poeta norteamericano.

Pues haciendo nuestro aprendizaje clínico en el Saint Elizabeth's Hospital del Washington D.C. conocimos al malogrado escritor, poeta e historiógrafo Rafael Eliodoro Valle, a la sazón Embajador de Honduras en EE.UU. Dicho diplomático con su esposa, la escritora peruana Emilia Romero, y otros intelectuales fundaban el 12 de octubre de 1949 el Ateneo Americano de Washington, una entidad destinada, según sus organizadores - Rafael Eliodoro Valle, Juan Ramón Jiménez, Jorge Basadre y otros - a difundir la cultura hispanoamericana en Washington D.C.

De ahí que las recepciones de algunas embajadas latinoamericanas resultaran en la época, los foros más adecuados para las actuaciones del Ateneo, cuyos verdaderos propulsores eran los mencionados embajadores de Honduras.

A tales hechos sucedió un evento de significación posterior, casi familiar -por sus rasgos fraternales-, para nosotros. Pues acababa de llegar de París un neurólogo peruano, talentoso facultativo y hermano de la Embajadora de Honduras, a instalarse como residente del Hospital Saint Elizabeth's donde luego convivimos inolvidablemente.

Poco después, invitados a la primera recepción que hacía ese año el Embajador de Honduras, al ser presentado a éste por Jaime Romero, como "un amigo boliviano que como psiquiatra trabaja actualmente en el Saint Elizabeth's", surgió el diálogo: —Ah, si Ud. trabaja allí tiene mucho que decirnos sobre Ezra Pound en el gigantesco hospital y en las reuniones del Ateneo, existe una porfiada controversia sobre su reclusión inmotivada o justificada por evidente trastorno mental.

Ante la sorpresa del Embajador de Honduras por nuestro desconocimiento de la permanencia de Pound en el gigantesco hospital-escuela, tuvimos que explicarle que por quehaceres concretos en una sección determinada, era poco menos que imposible y en poquísimos meses, darse cuenta detallada de otros pabellones como el Howard Hall en ese caso, destinado a los alienados judiciales, por las dimensiones superlativas del frenocomio con su capacidad de siete mil camas por en-

tonces totalmente ocupadas.

Ante la curiosidad de otros concurrentes el Embajador Valle sintetizó los antecedentes del proceso que sufría Pound. Este había abandonado EE.UU., su tierra natal a fines de la primera década del siglo, trasladándose a Italia, enamorado del "país del arte" -como dijera el fecundo novelista valenciano- donde fijó residencia definitiva. Vinculado al mundo social e intelectual de la Europa de pre-guerra mundial I., fue asiduo concurrente a muchos e importantes acontecimientos literarios de la época.

Posteriormente, Mussolini ascendió al poder y el gran poeta, seducido por algunas realizaciones, sobre todo urbanísticas y el saneamiento de los miasmas maléficos que aun asolaban la campiña romana, fue cautivado por la amistad del Duce. Después advino la última hecatombe y con ella -continuaba el Embajador de Honduras- otra hecatombe para Ezra Pound. En la hora suprema de la gran contienda, el poeta, -mal político como todos los portaliras- no pudo abandonar a su amigo el dictador de Italia, ni dejar de contribuir al esfuerzo bélico del Estado italiano.

La cultura extraordinaria de Pound, no podía desconocer las aristas discutibles del origen de la riqueza inglesa, ni los intereses americanos implicados en la gran conflagración. De ahí que la ofensiva y los ataques radiales de la transmisora poundiana, hubieran infundido, con las consiguientes cicatrices y el sabor salobre de la pelea, un duro propósito de castigar a la oveja descarriada, como se calificó al poeta.

Llegadas al corazón de Italia, las tropas americanas que escalaron por Sicilia, Catania y Siracusa a quebrar el dorso del aliado de Hitler, probablemente tuvieron menor interés en capturar a los dirigentes o jefes militares del fascio que en hacer cautivo al que según una Corte Marcial norteamericana, había incurrido en altísima traición a la patria. Al sonar el armisticio y ante los restos calcinantes y aún humeantes del gran incendio, Ezra Pound, fue hecho prisionero y llevado vertiginosamente, -"como criminal, en una gabia", nos dijo, después- a afrontar en EE.UU. la sanción paralizante de la silla eléctrica. A su arribo al suelo de su nacimiento, y ante la inminencia de su electrocución, surgió un movimiento de opinión tan espontáneo y considerable, en defensa del poeta que la acusación militar quedó pendiente, como verdadera Espada de Damocles. Esa fuerza avasalladora tan imponderable, como invisible, sostenía que el famoso poeta americano, orgullo de las letras nacionales, no podía tener el fin que la adversidad le deparaba. Pese a los muchísimos años que estaba ausente del país, era -y sigue siendo- un orgullo de la literatura estadounidense. Traductor de Confucio a la lengua inglesa, Ezra Pound se cuenta entre los más vigorosos y pocos remanentes del verso libre en la literatura norteamericana, con Carl Sandburg y merece mención preferente entre los innovadores de

Cómo conoc

EZRA POUND



La angustiosa situación del poeta recluso, no serenamente la actitud de los psiquiatras americanos alternativa que informar sobre su aparente alienación, de la máxima condena y que gracias a tal informe, estaba dialog

José María Alvarado



la poesía del país del norte, en la segunda década del siglo, junto a Anny Loewl e Hilda Doolittle. Ludwig Lewisohn, hace una verdadera silueta de Pound, en su trabajo sobre la literatura de su país, digna de transcribirla: "El más erudito de los poetas, casi un poeta de la erudición. Traduce y cita especialmente a los poetas latinos y de los menores dialectos romances, tanto como compone, y su forma, es la forma de una ingeniosa traducción en prosa de sus fuentes favoritas, fuertemente teñidas por los griegos, la Biblia inglesa y otros".

En Lewisohn, creemos encontrar una explicación de su alejamiento, "espiritual, muy anterior" de EE.UU. cuando este crítico lo llama "rebelde y ex-patriado", al hacer conocer su evasión del país en la transcripción de algunos de sus versos: "Oh, pocos desamparados de mi país,

Oh, residuo de esclavos..."

Sus famosos "27 Cantos", dice el mismo Lewisohn, han sido publicados en dos volúmenes en París y Londres, "infolio de extraordinaria suntuosidad y limitados a 90 y 101 ejemplares, respectivamente. Ningún otro poeta ha publicado su obra en tan lujoso esplendor".

El Embajador Valle, sin darse cuenta ni sospecharlo por supuesto, por la curiosidad que sobre el caso Pound nos encomendó así, una táctica diligencia de extraordinaria significación, como examen y contexto de nuestro aprendizaje hospitalario. Se trataba de un informe, casi pericial, sobre la probable enajenación de Pound. Teníamos para ello, un plazo benévolo de diez a quince días, concedidos por aquél.

De retorno al Hospital y en la primera oportunidad adecuada, resolvimos indagar sobre la ubicación del famoso poeta americano y las posibilidades de una entrevista, a los colegas estadounidenses, con quienes habitualmente hacíamos mesa común en el comedor del plantel. Tal se presentó al mismo día siguiente de la reunión en la Embajada de Honduras y en el desayuno de la jornada en que expusimos nuestras dudas a uno de aquéllos sobre las frecuentes prohibiciones que rodean, a veces, las visitas a los alienados judiciales.

Para usted, como médico del establecimiento -dijo uno de ellos-, no hay prohibición alguna, ni puerta cerrada en ninguna sección.

Agradecidos, respondimos que iniciaríamos ese mismo día, una serie de visitas, hasta formar un criterio personal, sobre el asunto.

-Más bien nos interesa su opinión -añadió otro de los colegas americanos-, ya que para nosotros, es un enfermo mental.

Preparados para las contingencias adversas que deparan inicialmente situaciones análogas, encontramos aquel día, la respuesta que supusimos y que la experiencia posterior nos ha re-editado en otras actuaciones expresa y formalmente periciales.

En un amplio hall del segundo piso, en el edificio de vivienda del director Dr. Winfred Overholser, y los médicos residentes, estaba el hombre, momentáneamente solo y sentado en un sillón de mimbre. Nos informamos que teniendo, no obstante una pequeña habitación-dormitorio individual, compartía con otros pacientes de edad avanzada el comedor de la sección.

Con el más conmovido acento y procurando ser lo más cordiales iniciamos el primer diálogo con un respetuoso saludo:

-¿Quién es usted y qué quiere acá!- nos repuso levantando la cabeza que la tenía agachada, y mirándonos con aire colérico y displicente, continuó:

-¡Salga de aquí...! -y continuó con otras frases de impropio.

Preparados para tal posibilidad, nos sorprendió poco, la respuesta airada. Después de una pausa, rompimos el brevísimos silencio, con nueva iniciativa.

-No soy un policía, ni agente de la justicia, señor Pound. Vengo deseoso de ayudarlo en lo que pueda y por encargo de otro poeta como usted, que es el Embajador de Honduras en Washington.

-Y ¿quién es usted?

-Soy un médico boliviano, admirador de su obra poética, que desea ser su amigo.

La aspereza y la beligerancia de sus primeras respuestas fueron cediendo en un tono de visible modificación al extremo de permitirnos una explicación y justificación acelerada de nuestra visita.

La sensibilidad del poeta, no pudo dejar de ser sacudida, probablemente por la invocación que hicimos de la excelencia de la ejecución médica que, al margen de las posiciones políticas, religiosas o filosóficas sólo tiene la adversidad de la enfermedad y de la muerte.

... Concluimos de informar a Pound que hacíamos allí un entrenamiento especializado, porque en Bolivia habían muy pocos psiquiatras.

-¡Feliz su país!- repuso con acento de mayor indignación, reflejando un desafecto descomunal a los especialistas de su país.

La angustiosa situación del poeta recluso, no le permitía apreciar serenamente la actitud de los psiquiatras americanos que no tenían otra alternativa que informar sobre su aparente alienación, como única salida de la máxima condena y que gracias a tal informe, precisamente, aun estaba dialogando con nosotros. Entusiasmados por el deshiele de su actitud de témpano, proseguimos, sin haberlo esperado, la primera entrevista. Sus interrogaciones, aun con sabor un poco más amistoso, no dejaban de reflejar su aversión amarga a todo cuanto fuera referencia a su país. Y continuó, en ese tono.

-¿A qué ha venido usted a este país de mercados? Debía usted haber ido a Italia, donde se aprende mejor, cualquier cosa.



La profundidad de la herida que el poeta afectado sentía, se puede medir por ese anatema que endilgaba a su país, sin tener en cuenta que otros hombres de ese mismo "país de mercaderes" hacían e hicieron tanto por salvar su atormentada humanidad. Al término de la entrevista y satisfechos de sus resultados, le ofrecimos visitarlo diariamente, a esa misma hora, pasado el meridiano.

La segunda y posteriores visitas las hicimos con la puntualidad de rigor, cuyos frutos no tardamos en recoger. A medida que éstas proseguían, la aspereza de la primera reacción se trocó en una amistad cuya evidencia documental conservamos en dos fotografías, que mencionamos más adelante. A pocos días el poeta, volvió a inquirir sobre el porqué de nuestra permanencia en EE.UU., reflejando al mismo tiempo su infinita nostalgia por el país del arte.

"Vaya usted a Italia -insistió una vez más-, donde ha de aprender todo por todos los poros. Allí, cada calle, cada esquina, cada recodo de un camino, son monumentos de arte.

Posteriormente y ya en la familiaridad que depara la aprehensión victoriosa del psiquiatra, cuando ha logrado cautivar la intimidad cordial de la personalidad sujeta a su observación balsámica y a su escrutinio, merecimos la confianza de muchas revelaciones: su amistad, no política con Mussolini; la evidencia de sus transmisiones radiales demoledoras sobre el frente aliado, durante la Segunda Guerra Mundial; la preocupación de su hija ausente, en Italia, etc., etc.

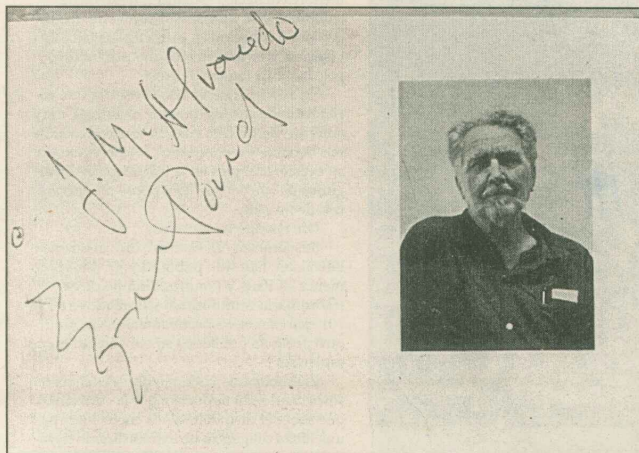
En efecto, el poeta sólo contaba allí con la abnegada compañía de su esposa -una distinguida dama de Londres- que lo acompañaba en su cautiverio hospitalario, desde la mañana hasta la hora del crepúsculo.

Sin enterarnos de que ella almorzaba diariamente en el mismo hospital, cierto día nos sorprendió en el comedor del frenocomio, la sonrisa sugerente de una dama que con las actitudes y el gesto inconfundible de quien trata de establecer diálogo con tal persona, generó una respuesta adecuada al caso. Llegándonos a ella con discreta indagación de su conducta, grata fue nuestra sorpresa al comprobar que hablábamos con la señora Pound.

-Por las señas que Ezra me dio, ya suponía que usted era el amigo -dijo- del que tanto me habla últimamente. No se imagina, cuánto reconocimiento le debemos...

La esposa del poeta, con mayor familiaridad y en menor tiempo -unos instantes- de su amistad, nos reveló otros detalles, que el orgullo del vate no podía descubrir. La gran dama, por ser tal no podía ofrecer la indiscreción, a veces bella, que luce el mundo femenino. Por ella supimos la precaria situación económica de la pareja que con la censura bélica a toda su correspondencia y otras duras condi-

Posteriormente y ya en la familiaridad que depara la aprehensión victoriosa del psiquiatra, cuando ha logrado cautivar la intimidad cordial de la personalidad sujeta a su observación balsámica y a su escrutinio, merecimos la confianza de muchas revelaciones: su amistad, no política con Mussolini; la evidencia de sus transmisiones radiales demoledoras sobre el frente aliado, durante la Segunda Guerra Mundial; la preocupación de su hija ausente, en Italia, etc., etc.



ciones de la época precedente, sólo subsistía de las remisiones amistosas y anónimas que recibía epistolarmente por semana. Varias con uno, dos o cinco dólares, enviados por amigos y admiradores de su poesía, particularmente americanos, eran el único denario de Pound y su compañera.

Más tarde, pudo contar con el decidido apoyo de su hija Mary de Rachewiltz, que vive en su mansión de Merano (Italia). Aparte de esa cooperación básica, a la que nos adherimos con dos dólares semanales, poco después el poeta comenzó a recibir el lenitivo de grandes y afectuosas visitas; de Juan Ramón Jiménez, profesor de Literatura Hispanoamericana, por entonces, en la Universidad de Maryland, poetas y escritores de EE.UU. particularmente de la redacción de "Black and white" de Filadelfia; algún destacado poeta de la India, y cuyo nombre se nos fue de la memoria y otros.

Transcurridas otras referencias de su vida Ezra Pound, poeta al fin y al cabo, nos sorprendió un día con una encuesta sobre la poesía boliviana. Lamentó, aquella ocasión, haber olvidado totalmente el español, que lo poseía, casi con dominio, cuando fue invitado de honor a la coronación de Alfonso XIII que ciñó la corona en los primeros años del siglo.

Comentando la dificultad y la impureza de las traducciones poéticas, por perfectos que sean sus recursos instrumentales, aquella vez nos solicitó le proporcionáramos algunas producciones nacionales. Por ventura, entonces -como no ocurre generalmente en muchas de nuestras misiones diplomáticas- había algo, cómo y de quién documentarse. La embajada de Bolivia, en Washington, entonces, tenía un poeta como primer secretario de la misión. Enrique Kempf Mercado regocijado de la noticia nos proporcionó dos copias representativas de dos de nuestros mejores vates: Claribel y La Llama. Ese mismo día entusiasmos con el préstamo de tan oportunas muestras, las entregamos a Ezra Pound que presuroso ofreció traducirlas juntamente con uno de sus colegas poetas de Filadelfia, que debía visitarlos esos mismos días, para darnos su opinión sobre aquellas estrofas que, coincidente para nosotros, como para muchos bolivianos, son lo mejor que Franz Tamayo y Gregorio Reynolds hayan dado a las letras nacionales.

No transcurriría una semana, cuando Pound, nuestro caro amigo, con entusiasmo que de veras sacudió nuestra sensibilidad patriótica, nos manifestó su homenaje admirativo por ambos poetas.

-Parece que me ha traído usted -dijo-

dos excelentes selecciones, Pound pensó que escogimos deliberadamente los dos magníficos ejemplares que le dimos. Tomándolos, uno en cada mano, continuó. -Este -refiriéndose a Claribel que lo tenía en la diestra- hace la impresión de un talento extraordinario; pero éste -enseñando La Llama en la siniestra- es un gran poeta y nació poeta; este otro -volviendo a Claribel- se hizo; pero me parece un gran poeta.

Nos deleitó mucho, la repetición que hizo de las bellas figuras de Reynolds, en su famoso soneto:

"y de hinojos, oyendo el miserere pavoroso del viento de la puna, espera que del ara de la nieve el sacerdote inmetrial eleve, la eucarística forma de la luna..."

Meses más tarde, nuestro traslado al Estado de Michigan (a la Wayne University) puso un paréntesis a la amistad que cultivamos con el grande y discutido poeta. Al despedirnos, recibimos otra prueba de aprecio:

-Lamento mucho su partida. Quizá ya no lo vea más. Pero, si alguna vez viaja por Europa no deje de llegar a Merano. Allí mi hija Mary, como usted ya sabe, tiene una hermosa residencia que también es suya. Ella ya sabe cómo ha de recibirlo."

En 1955, al cumplirse su condena, supimos por la prensa la liberación de Pound. Seguramente partió para Italia, tan pronto, como salió del Hospital de Washington. Días después nos tardamos en escribirle una carta breve de congratulación por su libertad y el retorno a su bella y soñada Italia. Semanas más tarde, el correo nos trajo de respuesta dos sorpresas de nuestro amigo Pound, con dos fotografías sucesivas, que ilustran este relato. La incapacitante ancianidad del poeta, probablemente con su amnesia involuntaria, no le permitió recordar que, como respuesta a nuestra carta, ya nos había enviado una primera fotografía tamaño postal, con esta escueta dedicatoria: "To J. M. Alvarado, from Ezra Pound". Poco después nos llegaba otra, con la dedicatoria que puede leerse, apenas en la copia traducida, adjunta: -Querido Alvarado. Creí que ya respondí a su carta, pero mi hija piensa que no lo hice. En todas partes inquirí noticias sobre Bolivia. E.P."

Desde entonces no sabemos nada del poeta que "como el pájaro -nos dijo una vez en el Saint Elizabeth's Hospital-, no podía cantar en una jaula". Tampoco volvimos a escribirle. Sus avanzados años han debido sustraerlo de todo contacto con un mundo cuyas vivencias, fueron de postrimerías muy duras y muy distintas a las visiones bellas y deslumbrantes de sus vuelos literarios. ♦

José María Alvarado es médico psiquiatra. La Paz.